

Antología de textos literarios

Edad Media - Siglo XXI



COLEGIO DE FOMENTO
LOS ROBLES



COLEGIO DE FOMENTO
LOS ROBLES

ANTOLOGÍA DE TEXTOS LITERARIOS

Departamento de Lengua y literatura española

ÍNDICE

PRÓLOGO

PARTE I

LA EDAD MEDIA (476 – 1492)

OBRA: CANTAR DE MIO CID

1. Fragmento: *Hospedaje del Cid en Burgos*

OBRA: ROMANCERO

2. Fragmento: *Romance del prisionero*
3. “*Abenámar, Abenámar*”

MARQUÉS DE SANTILLANA

4. Fragmento: *Serranilla V*

JORGE MANRIQUE

5. *Copla I*
6. *Copla III*
7. *Copla XVI*
8. *Copla XXVI*
9. *Copla XXVII*

RENACIMIENTO (SIGLO XVI APROX.)

FERNANDO DE ROJAS

10. Fragmento: *La Celestina* (1499)

GARCILASO DE LA VEGA

11. *Soneto XIII*
12. *Soneto XXIII*
13. *Canción V: Oda ad florem Gnidi*

FRAY LUIS DE LEÓN

14. *Oda I: A la vida retirada*
15. *Oda XXIII: A la salida de la cárcel*

SAN JUAN DE LA CRUZ

16. Fragmento: *Cántico Espiritual*
17. *Noche oscura del alma*
18. “*Tras de un amoroso lance*”

OBRA: EL LAZARILLO DE TORMES

19. Fragmento: *Prólogo de El Lazarillo de Tormes* (1554)
20. Fragmento: *Tratado I de El Lazarillo de Tormes* (1554)

BARROCO (SIGLO XVII APROX.)

MIGUEL DE CERVANTES

- 21. *El Quijote* (I, cap. 8 ; I, cap. 9): Sobre los narradores
- 22. *El Quijote* (I, cap. 32): Sobre el prestigio de lo escrito
- 23. *El Quijote* (II, cap. 3 ; II, cap. LIX): Sobre la metaliteratura y Avellaneda
- 24. *El Quijote* (II, cap. LVIII ; I, cap. XXXVIII): Sobre cuestiones trascendentes

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

- 25. "Ándeme yo caliente"
- 26. Soneto: "Mientras por competir con tu cabello"
- 27. Soneto: *A Don Francisco de Quevedo*

FÉLIX LOPE DE VEGA

- 28. Soneto: "Desmayarse, atreverse, estar furioso"
- 29. Soneto: "Un soneto me manda hacer Violante"

FRANCISCO DE QUEVEDO

- 30. Soneto: *A Don Luis de Góngora*
- 31. Soneto: *A una nariz*
- 32. Soneto: *Amor constante más allá de la muerte*
- 33. Soneto: "Ah de la vida"

PARTE II**EL SIGLO DE LAS LUCES (SIGLO XVIII APROX.)**

BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

- 34. Fragmento: *Teatro Crítico Universal: "En defensa de las mujeres"*

JOSÉ CADALSO

- 35. *A la primavera*

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

- 36. Fragmento: *Informe sobre la ley agraria*

FELIX MARÍA SAMANIEGO

- 37. *Los amigos y el oso*

TOMÁS DE IRIARTE

- 38. *Los dos conejos*
- 39. *El burro flautista*

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

- 40. *El Amor mariposa*
- 41. *De la primavera*

ROMANTICISMO (SIGLO XIX APROX.)

JOSÉ DE ESPRONCEDA

- 42. *El mendigo*

43. *Canción del Pirata*

44. *A la muerte de Torrijo y sus compañeros*

MARIANO JOSÉ DE LARRA

45. Fragmento: *Vuelva usted mañana*

JOSÉ ZORRILLA

46. Fragmento: *Don Juan Tenorio*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

47. *Rima IV: "No digáis..."*

48. *Rima VII: "Del salón en el ángulo oscuro..."*

49. *Rima LIII: "Volverán las oscuras golondrinas"*

ROSALÍA DE CASTRO

50. *Dicen que no hablan las plantas*

51. *Hora tras hora, día tras día*

REALISMO Y NATURALISMO (SIGLO XIX APROX.)

JOSÉ MARÍA PEREDA

52. Fragmento: *Sotileza*

BENITO PÉREZ GALDÓS

53. Fragmento: *Trafalgar*

LEOPOLDO ALAS, CLARÍN

54. Fragmento: *La Regenta*

MODERNISMO Y GENERACIÓN DEL 98 (FINALES S. XIX – PRINCIPIOS S. XX)

MIGUEL DE UNAMUNO

55. Fragmento: *Niebla*

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

56. Fragmento: *Luces de bohemia*

RUBÉN DARÍO

57. *Sonatina*

58. *Era un aire suave*

ANTONIO MACHADO

59. *Retrato*

60. *A un olmo seco*

61. *Españolito que vienes al mundo*

62. *Proverbios y cantares (XXIX)*

GENERACIÓN DEL 14 O NOVECENTISMO (PRINCIPIOS SIGLO XX)

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

63. Fragmento: *La deshumanización del arte*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

- 64. *Vino primero pura*
- 65. *Primavera amarilla*

VANGUARDIAS Y GENERACIÓN DEL 27 (PRINCIPIOS SIGLO XX)

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

- 66. *Greguerías*

PEDRO SALINAS

- 67. *La voz a ti debida: "Mañana"* (versos 201–236)
- 68. *La voz a ti debida: "Para vivir no quiero"* (versos 494–521)

GERARDO DIEGO

- 69. *Al ciprés de Silos*
- 70. *Romance del Duero*

VICENTE ALEIXANDRE

- 71. *Al miliciano desconocido*

FEDERICO GARCÍA LORCA

- 72. *Canción del jinete*
- 73. *Reyerta*
- 74. *Romance de la Guardia Civil*
- 75. *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías (la sangre derramada)*
- 76. *Vuelta de paseo*
- 77. *Ciudad sin sueño (Nocturno del Brooklyn Bridge)*

LUIS CERNUDA

- 78. *Peregrino*

RAFAEL ALBERTI

- 79. *La paloma*
- 80. *El mar. La mar.*

DESPUÉS DE 1936

MIGUEL HERNÁNDEZ

- 81. *Elegía a Ramón Sijé*
- 82. *Las nanas de la cebolla*

LEÓN FELIPE

- 83. *Auschwitz*

PABLO NERUDA

- 84. *Poema 20*

GABRIEL CELAYA

- 85. *Biografía*

JAIME GIL DE BIEDMA

- 86. *No volveré a ser joven*

PRÓLOGO

por José Antonio Noval

Parece que “el perfume de flor de cuchillo perdura” cuando escribo estas letras. Ten en cuenta que el proceso de crear no siempre es fácil: a veces desangra, inhabilita, agota. Recuerdo y recojo las palabras de un antiguo alumno que me dijo: “Profe, según mi abuelo, las cosas imposibles se intentan, las difíciles se hacen”, ya que elaborar una Antología de Poesía, de toda la poesía que se ha escrito en castellano desde la Edad Media hasta la actualidad, no es tarea fácil. Afortunadamente, han sido muchos los poetas que escribieron, y de todos y de todas tiene uno que escoger, con la única finalidad de acercarnos la poesía: que la leáis, que disfrutéis, que os asombréis con ella; sabiendo además, que todo esto depende de la hora, – mejor cuando la cabeza no esté saturada –, de los acontecimientos del día, – si tu equipo gana o no, si te ha sido bien o mal un examen –, incluso del clima y de la comida, – quizás las vivencias poéticas no sean lo mismo si comes una buena fabada o una ensalada templada -. Pero, bromas aparte, sin poesía no hay Literatura, y esto ya son palabras mayores y evidentes que demandan una explicación ahora que “ el sonido del viento paca la hierba mojada”.

Tú, joven lector de esta Antología, tú “que hueles la flor de la bella palabra”, tú que conoces la importancia de la forma en la transmisión de los contenidos, tú que aprecias y captas la belleza de un texto, quizás no sepas que la mejor prosa escrita debe mucho a los poetas. Escritores del máximo nivel como Gabriel García Márquez o Francisco Umbral confiesan su deuda con la poesía, aunque en los tiempos de la sociedad de consumo, de los soportes y etiquetas la tengamos arrinconada, despreciada injustamente, y eso que muchos políticos y periodistas la utilizan para llenarse de autoridad, razón o vanidad.

Nos corresponde a todos devolverle la dignidad y para ello sólo te pido que la leas en pequeñas dosis –no es lo mismo leer poesía que prosa– pocas al día y de manera perseverante. Que te sorprendas ante un adjetivo bien utilizado o una metáfora original, y verás pronto su fruto. Recuerda que sin poesía no hay Literatura, sin Literatura no hay Historia, casi ni Ser Humano, ni Vida... Todo esto requiere una explicación más profunda que dejo para otro momento. Un saludo.

P.D Acabo de escribir y me encuentro con estos versos de José Hierro que dicen: “Se creía dueño del mundo /Y no era dueño de sí mismo”

José Antonio Noval Cueto

EDAD MEDIA

1. CANTAR DEL MIO CID

[Nadie hospeda al Cid. Sólo una niña le dirige la palabra para mandarle alejarse.]

De grado le albergarían, pero ninguno lo osaba,
 que a Ruy Díaz de Vivar le tiene el rey mucha saña.
 La noche pasada a Burgos llevaron una real carta
 con severas prevenciones y fuertemente sellada
 mandando que a Mío Cid nadie le diese posada,
 que si alguno se la da sepa lo que le esperaba:
 sus haberes perdería, más los ojos de la cara,
 y además se perdería salvación de cuerpo y alma.
 Gran dolor tienen en Burgos todas las gentes cristianas
 de Mío Cid se escondían: no pueden decirle nada.
 Se dirige Mío Cid adonde siempre paraba;
 cuando a la puerta llegó se la encuentra bien cerrada.
 Por miedo del rey Alfonso acordaron los de casa
 que como el Cid no la rompa no se la abrirán por nada.
 La gente de Mío Cid a grandes voces llamaba,
 los de dentro no querían contestar una palabra.
 Mío Cid picó el caballo, a la puerta se acercaba,
 el pie sacó del estribo, y con él gran golpe daba,
 pero no se abrió la puerta, que estaba muy bien cerrada.
 La niña de nueve años muy cerca del Cid se para:
 "Campeador que en bendita hora ceñiste la espada,
 el rey lo ha vedado, anoche a Burgos llegó su carta,
 con severas prevenciones y fuertemente sellada.
 No nos atrevemos, Cid, a darte asilo por nada,
 porque si no perderíamos los haberes y las casas,
 perderíamos también los ojos de nuestras caras.
 Cid, en el mal de nosotros vos no vais ganando nada.
 Seguid y que os proteja Dios con sus virtudes santas."
 Esto le dijo la niña y se volvió hacia su casa.
 Bien claro ha visto Ruy Díaz que del rey no espere gracia.
 De allí se aparta, por Burgos a buen paso atravesaba,
 a Santa María llega, del caballo descabalga,
 las rodillas hincó en tierra y de corazón rogaba.
 Cuando acabó su oración el Cid otra vez cabalga,
 de las murallas salió, el río Arlanzón cruzaba.
 Junto a Burgos, esa villa, en el arenal posaba,
 las tiendas mandó plantar y del caballo se baja.
 Mío Cid el de Vivar que en buen hora ciñó espada

en un arenal posó, que nadie le abre su casa.
 Pero en torno suyo hay guerreros que le acompañan.
 Así acampó Mío Cid cual si anduviera en montaña.
 Prohibido tiene el rey que en Burgos le vendan nada
 de todas aquellas cosas que le sirvan de vianda.
 No se atreven a venderle ni la ración más menguada.

ROMANCERO

2. ANÓNIMO

[Fragmento: *Romance del prisionero*]

Que por mayo era por mayo
 cuando hace la calor,
 cuando canta la calandria
 y responde el ruiseñor,
 cuando los enamorados
 van a servir al amor
 sino yo, triste cuitado,
 que vivo en esta prisión
 que ni sé cuándo es de día,
 ni cuándo las noches son,
 sino por una avecilla
 que me cantaba al albor.
 Matómela un balletero
 ¡Dele Dios mal galardón!

3. ANÓNIMO

“Abenámar, Abenámar”

–¡Abenámar, Abenámar,
 moro de la morería,
 el día que tú naciste
 grandes señales había!
 Estaba la mar en calma,
 la luna estaba crecida:
 moro que en tal signo nace
 no debe decir mentira.
 Allí respondiera el moro,
 bien oiréis lo que decía:
 –Yo te la diré, señor,

aunque me cueste la vida,
 porque soy hijo de un moro
 y una cristiana cautiva;
 siendo yo niño y muchacho
 mi madre me lo decía:
 que mentira no dijese,
 que era grande villanía;
 por tanto pregunta, rey,
 que la verdad te diría.
 –Yo te agradezco, Abenámar,
 aquesa tu cortesía.
 ¿Qué castillos son aquéllos?
 ¡Altos son y relucían!
 –El Alhambra era, señor,
 y la otra la mezquitas
 los otros los Alixares,
 labrados a maravilla.
 El moro que los labraba
 cien doblas ganaba al día,
 y el día que no los labra,
 otras tantas se perdía.
 El otro es Generalife,
 huerta que par no tenía.
 El otro Torres Bermejas,
 castillo de gran valía.
 Allí habló el rey don Juan,
 bien oiréis lo que decía:
 –Si tú quisieses, Granada,
 contigo me casaría;
 darette en arras y dote
 a Córdoba y a Sevilla.
 –Casada soy, rey don Juan,
 casada soy, que no viuda;
 el moro que a mí me tiene
 muy grande bien me quería.

MARQUÉS DE SANTILLANA
(1398 – 1458)

4. Serranilla V (Fragmento)

Moça tan fermosa
non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.

Faziendo la vía
del Calatraveño
a Santa María,
vençido del sueño,
por tierra fragosa
perdí la carrera,
do vi la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graciosa,
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.

JORGE MANRIQUE
(1440 – 1479)

Coplas a la muerte de su padre

5. Copla I

Recuerde el alma dormida,
avive el seso e despierte

contemplando
cómo se passa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el plazer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parescer,
cualquiere tiempo passado
fue mejor.

6. Copla III

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
qu'es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
e consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
e más chicos,
allegados, son iguales los que viven por
sus manos
e los ricos.

7. Copla XVI

¿Qué se hizo el rey don Joan?
Los infantes d'Aragón
¿qué se hizieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué de tanta invinción
como truxeron?
¿Fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras,
las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e çimeras?

8. Copla XXVI

Amigo de sus amigos,
 ¡qué señor para criados
 e parientes!
 ¡Qué enemigo d'enemigos!
 ¡Qué maestro d'esforçados
 e valientes!
 ¡Qué seso para discretos!
 ¡Qué gracia para donosos!
 ¡Qué razón!
 ¡Qué benino a los sujetos!
 ¡A los bravos e dañosos,
 qué león!

9. Copla XXVII

En ventura, Octaviano;
 Julio César en vencer
 e batallar;
 en la virtud, Africano;
 Aníbal en el saber
 e trabajar;
 en la bondad, un Trajano;
 Tito en liberalidad
 con alegría;
 en su braço, Aureliano;
 Marco Atilio en la verdad
 que prometía.

RENACIMIENTO

FERNANDO DE ROJAS
 (1474–1541)

10. [Fragmento de *La Celestina* (1499)]

CALISTO.– En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.– ¿En qué, Calisto?

CALISTO.– En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer a mí, inmérito, tanta merced que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda, incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por este lugar alcanzar tengo yo a Dios ofrecido. ¿Quién vio en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como ahora el mío? Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡oh triste!, que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza y yo, mixto, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA.– ¿Por gran premio tienes éste, Calisto?

CALISTO.– Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me diese en el cielo silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA.– Pues aun más igual galardón te daré yo si perseveras.

CALISTO.– ¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA.– Más desaventuradas de que me acabes de oír, porque la paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento y el intento de tus palabras ha sido. ¿Cómo de ingenio de tal hombre como tú haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo? ¡Vete, vete de ahí, torpe!, que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en corazón humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO.– Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

GARCILASO DE LA VEGA
(1498–1536)

11. Soneto XIII

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos qu'el oro escurecían;

de áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aun bullendo
[estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
este árbol, que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!

12. Soneto XXIII

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende al corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre

13. Canción V: *Ode ad florem Gnidi*

Si de mi baja lira
 tanto pudiese el son que en un momento
 aplacase la ira
 del animoso viento
 y la furia del mar y el movimiento,
 y en ásperas montañas
 con el süave canto enterneciese
 las fieras alimañas,
 los árboles moviese
 y al son confusamente los trujiese:
 no pienses que cantado
 seria de mí, hermosa flor de Gnido,
 el fiero Marte airado,
 a muerte convertido,
 de polvo y sangre y de sudor teñido,

 ni aquellos capitanes
 en las sublimes ruedas colocados,
 por quien los alemanes,
 el fiero cuello atados,
 y los franceses van domesticados;
 mas solamente aquella
 fuerza de tu beldad seria cantada,
 por ti su blanda musa,
 en lugar de la cítara sonante,
 tristes querellas usa
 que con llanto abundante
 hacen bañar el rostro del amante;

 por ti el mayor amigo
 l'es importuno, grave y enojoso:
 yo puedo ser testigo,
 que ya del peligroso
 naufragio fui su puerto y su reposo,
 y agora en tal manera
 vence el dolor a la razón perdida
 que ponzoñosa fiera
 nunca fue aborrecida
 tanto como yo dél, ni tan temida.
 No fuiste tú engendrada
 ni producida de la dura tierra;
 no debe ser notada

 y alguna vez con ella
 también seria notada
 el aspereza de que estás armada,
 y cómo por ti sola
 y por tu gran valor y hermosura,
 convertido en viola,
 llora su desventura
 el miserable amante en tu figura.
 Hablo d'aquel cativo
 de quien tener se debe más cuidado,
 que 'stá muriendo vivo,
 al remo condenado,
 en la concha de Venus amarrado.

 Por ti, como solía,
 del áspero caballo no corrige
 la furia y gallardía,
 ni con freno la rige,
 ni con vivas espuelas ya l'aflige;
 por ti con diestra mano
 no revuelve la espada presurosa,
 y en el dudoso llano
 huye la polvorosa
 palestra como sierpe ponzoñosa;

 que ingratamente yerra
 quien todo el otro error de sí destierra.
 Hágate temerosa
 el caso de Anajárete, y cobarde,
 que de ser desdeñosa
 se arrepentió muy tarde,
 y así su alma con su mármol arde.

 Estábase alegrando
 del mal ajeno el pecho empedernido
 cuando, abajo mirando,
 el cuerpo muerto vido
 del miserable amante allí tendido,
 y al cuello el lazo atado
 con que desenlazó de la cadena
 el corazón cuitado,
 y con su breve pena
 compró la eterna punición ajena.
 Sentió allí convertirse
 en piedad amorosa el aspereza.

¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última ternera!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?
Los ojos s'enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron;
los huesos se tornaron
más duros y crecieron
y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura,
hasta que finalmente,
en duro mármol vuelta y transformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitude vengada.
No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, agora;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas
den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
d'algún caso notable
que por ti pase, triste, miserable.

FRAY LUIS DE LEÓN
(1527 – 1591)

14. Oda I: *A la vida retirada*

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido;

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio Moro, en jaspe sustentado!

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado;
si, en busca deste viento,
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido

el que al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire del huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Téngase su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
 mesa de amable paz bien abastada
 me basta, y la vajilla,
 de fino oro labrada
 sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
 mente se están los otros abrazando
 con sed insaciable
 del peligroso mando,
 tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
 de hiedra y lauro eterno coronado,
 puesto el atento oído
 al son dulce, acordado,
 del plectro sabiamente meneado.

15. Oda XXIII: *A la salida de la cárcel*

Aquí la envidia y mentira
 me tuvieron encerrado.
 Dichoso el humilde estado
 del sabio que se retira de aqueste mundo
 malvado,

y con pobre mesa y casa
 en el campo deleitoso
 con sólo Dios se compasa
 y a solas su vida pasa
 ni envidiado ni envidioso.

SAN JUAN DE LA CRUZ (1542–1591)

16. Cántico Espiritual (fragmento)

ESPOSA

¿Adónde te escondiste,
 Amado, y me dejaste con gemido?
 Como el ciervo huiste,
 habiéndome herido;

salí tras ti clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes
 allá por las majadas al otero:
 si por ventura vierdes
 aquel que yo más quiero,
 decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
 iré por esos montes y riberas;
 ni cogeré las flores,
 ni temeré las fieras,
 y pasaré los fuertes y fronteras.

Pregunta a las criaturas

¡Oh bosques y espesuras,
 plantadas por la mano del Amado!
 ¡Oh prado de verduras,
 de flores esmaltado!
 Decid si por vosotros ha pasado.

17. *Noche oscura del alma*

En una noche oscura,
 con ansias en amores inflamada,
 ¡oh dichosa ventura!,
 salí sin ser notada,
 estando ya mi casa sosegada.
 A escuras y segura
 por la secreta escala, disfrazada,
 ¡oh dichosa ventura!,
 a escuras y en celada,
 estando ya mi casa sosegada.
 En la noche dichosa,
 en secreto, que nadie me veía
 ni yo miraba cosa,
 sin otra luz y guía
 sino la que en el corazón ardía.
 Aquesta me guiaba
 más cierto que la luz del mediodía,
 adonde me esperaba
 quien yo bien me sabía,
 en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste;
 oh noche amable más que el alborada;
 oh noche que juntaste
 Amado con amada,
 amada, con el Amado transformada!
 En mi pecho florido,
 que entero para él solo se guardaba,
 allí quedó dormido,
 y yo le regalaba
 y el ventalle de cedros aire daba.
 El aire del almena,
 cuando yo sus cabellos esparcía,
 con su mano serena
 en mi cuello hería
 y todos mis sentidos suspendía.
 Quedéme y olvidéme,
 el rostro recliné sobre el Amado;
 cesó todo y dejéme,
 dejando mi cuidado
 entre las azucenas olvidado.

18. "Tras de un amoroso lance"

Tras de un amoroso lance,
 y no de esperanza falto,
 volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Para que yo alcance diese
 a aqueste lance divino,
 tanto volar me convino
 que de vista me perdiese;
 y, con todo, en este trance
 en el vuelo quedé falto;
 mas el amor fue tan alto,
que le di a la caza alcance.

Cuanto más alto subía
 deslumbróseme la vista,
 y la más fuerte conquista
 en oscuro se hacía;
 mas, por ser de amor el lance
 di un ciego y oscuro salto,
 y fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Cuanto más alto llegaba
 de este lance tan subido,
 tanto más bajo y rendido
 y abatido me hallaba;
 dije: ¡No habrá quien alcance!
 y abatíme tanto, tanto,
 que fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

Por una extraña manera
 mil vuelos pasé de un vuelo,
 porque esperanza del cielo
 tanto alcanza cuanto espera;
 esperé solo este lance,
 y en esperar no fui falto,
 pues fui tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.

19. Fragmento: Prólogo de *El Lazarillo de Tormes* (1554)

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y, a los que no ahondaren tanto, los deleite. Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena [...] Suplico a vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto. [...]

20. Fragmento: Tratado I de *El Lazarillo de Tormes* (1554)

Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba. Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo:

"Lázaro, llega el oído a este toro, y oirás gran ruido dentro dél."

Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

"Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo", y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba. Dije entre mí:

"Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer."

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decía:

"Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré."

Y fue así, que después de Dios éste me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar a V.M. estas niñerías para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

BARROCO

MIGUEL DE CERVANTES
(1547–1616)

21. *El Quijote: Sobre los narradores.*

[Parte 1, final del cap. VIII]

[...] Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que de este famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en el siguiente capítulo.

[Parte 1, cap. IX]

[...] Pasó, pues, el hallarla en esta manera: estando yo un día en el Alcalá de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía; vile con caracteres que conocí ser arábigos, y puesto que, aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante [...] Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente, y con mucha brevedad, pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le traje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

22. *El Quijote: Sobre el prestigio de lo escrito*

[Parte 1, cap. XXXII]

[...]—Mirad, hermano —tornó a decir el cura—, que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—A otro perro con ese hueso —respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso

con licencia de los señores del Consejo Real⁴⁵, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juicio!

23. *El Quijote: Sobre la metaliteratura y Avellaneda*

[Parte 2, cap. III]

[...]—Con todo eso —respondió el bachiller—, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho.

[...] —Mala me la dé Dios, Sancho —respondió el bachiller—, si no sois vos la segunda persona de la historia³¹, y que hay tal que precia más oír hablar a vos que al más pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvistes demasadamente de crédulo³² en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente.

[Parte 2, cap. LIX]

[habla Sancho Panza] —Créanme vuestas mercedes [...] que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado, y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho.

24. *El Quijote: Sobre cuestiones trascendentes*

A) LIBERTAD

[Parte 2, cap. LVIII]

Cuando don Quijote se vio en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose a Sancho le dijo:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertadI así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

B) LAS ARMAS Y LAS LETRAS

[Parte 1, cap. XXXVIII]

[...] Y, entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida.

4. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

(1561–1627)

25. “Ándeme yo caliente”

*Ándeme yo caliente
y ríase la gente.*

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados,
como píldoras dorados,
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de blanca nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas

del rey que rabió me cuenta,
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo, conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
que yo más quiero pasar
del golfo de mi lagar
la blanca o roja corriente,
y ríase la gente.

Pues Amor es tan crüel
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente

26. Soneto: "Mientras por competir por tu cabello"

Mientras por competir con tu cabello
Oro bruñido al sol relumbra en vano,
Mientras con menosprecio en medio el llano
Mira tu blanca frente al lilio bello;

Mientras a cada labio, por cogello,
Siguen más ojos que al clavel temprano,
Y mientras triunfa con desdén lozano
Del luciente cristal tu gentil cuello,

Goza cuello, cabello, labio y frente,
Antes que lo que fue en tu edad dorada
Oro, lilio, clavel, cristal luciente,

No sólo en plata o viola troncada
Se vuelva, más tú y ello juntamente
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en
[nada.

27. Soneto: A don Francisco de Quevedo

Anacreonte español, no hay quien os tope,
que no diga, con mucha cortesía,
que ya que vuestros pies son de elegía,
que vuestras suavidades son de arrope.

¿No imitaréis al terenciano Lope,
que al de Belerofonte cada día
sobre zuecos de cómica poesía
se calza espuelas y le da un galope?

Con cuidado especial vuestros antojos
dicen que quieren traducir al griego,
no habiéndolo mirado vuestros ojos.

Prestádselos un rato a mi ojo ciego,
por que a luz saque ciertos versos flojos,
y entenderéis cualquier greguesco luego.

6. FÉLIX LOPE DE VEGA
(1562–1635)

28. Soneto: "Desmayarse, atreverse, estar furioso"

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

29. Soneto: "Un soneto me manda hacer Violante"

Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando

Ya estoy en el segundo y aún sospecho
que estoy los trece versos acabando,
Contad si son catorce y ya está hecho.

5. FRANCISCO DE QUEVEDO Y
VILLEGAS
(1580–1645)

30. Soneto: A Don Luis de Góngora

Yo te untaré mis obras con tocino
porque no me las muerdas, Gongorilla,
perro de los ingenios de Castilla,
docto en pullas, cual mozo de camino;

Apenas hombre, sacerdote indino,
que aprendiste sin cristus la cartilla;
chocarrero de Córdoba y Sevilla,
y en la Corte bufón a lo divino.

¿Por qué censuras tú la lengua griega
siendo sólo rabí de la judía,
cosa que tu nariz aun no lo niega?

No escribas versos más, por vida mía;
aunque aquesto de escribas se te pega,
por tener de sayón la rebeldía.

31. Soneto: A una nariz

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un pez espada muy barbado.

Érase un reloj de sol mal encarado,
érase un alquitara pensativa,
érase un elefante boca aariba,
era Ovidio Nasón mas narizado.

Érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

32. Soneto: Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera sombra,
que me llevaré el blanco día;
y podrá desatar esta alma mía
hora, a su afán ansioso linsojera;

mas no de esotra parte en la ribera
dejará la memoria en donde ardía;
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa:

Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido.
polvo serán, mas polvo enamorado.

33. Soneto: "Ah de la vida"

"¡Ah de la vida!"... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido! La
Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la Salud y la Edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; Mañana no ha llegado;
Hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el Hoy y Mañana y Ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

EL SIGLO DE LAS LUCES

BENITO JERÓNIMO FEIJÓO
(1676 – 1764)

34. Fragmento: *Teatro Crítico Universal: “En defensa de las mujeres.”*

[...] Pero esta acusación es mal fundada, como originada de falta de advertencia. En caso que todas las mujeres fuesen feas, en las de menos deformidad se experimentaría tanto atractivo como ahora en las hermosas; y por consiguiente harían el mismo estrago. La menos fea de todas, puesta en Grecia, sería incendio de Troya, como Helena: y puesta en el Palacio del Rey D. Rodrigo, sería ruina de España, como la Caba. En los Países donde las mujeres son menos agraciadas, no hay menos desórdenes que en aquellos donde las hay de más gentileza, y proporción. Y aun en Moscovia, que excede en copia de mujeres bellas a todos los demás Reinos de Europa, no está tan desenfrenada la incontinenia, como en otros Países; y la fe conyugal se observa con mucha mayor exactitud.

No es, pues, la hermosura por sí misma autora de los males que le atribuyen. Pero en el caso de la cuestión doy mi voto a favor de la robustez, la cual juzgo prenda mucho más apreciable que la hermosura. Y así, en cuanto a esta parte se ponen de bando mayor los hombres. Quédales empero a salvo a las mujeres replicar, valiéndose de la sentencia de muchos doctos, y recibida de toda una ilustre Escuela, que reconoce la voluntad por potencia más noble que el entendimiento, la cual favorece su partido; pues si la robustez, como más apreciable, logra mejor lugar en el entendimiento, la hermosura, como más amable, tiene mayor imperio en la voluntad.

JOSÉ CADALSO
(1741 – 1782)

35. *A la primavera*

Todo lo muda el tiempo, Filis mía,
todo cede al rigor de sus guadañas:
ya transforma los valles en montañas,
ya pone un campo donde un mar había.

El muda en noche opaca el claro día,

en fábulas pueriles las hazañas,
alcázares soberbios en cabañas,
y el juvenil ardor en vejez fría.

Doma el tiempo al caballo desbocado,
detiene el mar y viento enfurecido,
postra al león y rinde al bravo toro.

Sola una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS
(1744 – 1811)

36. Fragmento: *Informe sobre la ley agraria*

[...] Si el interés individual es el primer instrumento de la prosperidad de la agricultura, sin duda que ningunas leyes serán mas contrarias á los principios de la Sociedad que aquellas que, en vez de multiplicar, han disminuido este interés, disminuyendo la cantidad de propiedad individual y el número de propietarios particulares. Tales son las que, por una especie de desidia política, han dejado sin dueños ni colonos una preciosa porción de las tierras cultivables de España, y alejando de ellas el trabajo de sus individuos han defraudado al Estado de todo el producto que el interés individual pudiera sacar de ellas. Tales son los baldíos.

La Sociedad califica este abandono con el nombre de desidia política porque no puede dar otro mas decoroso á la preocupación que los ha respetado. Su origen viene no menos que del tiempo de los visigodos, los cuales, ocupando y repartiendo entre sí dos tercios de las tierras conquistadas y dejando uno solo á los vencidos, hubieron de abandonar y dejar sin dueño todas aquellas á que no alcanzaba la población, extraordinariamente menguada por la guerra. á estas tierras se dio el nombre de campos vacantes y éstos son, por la mayor parte, nuestros baldíos.

FELIX MARÍA DE SAMANIEGO
(1745 – 1801)

37. *Los amigos y el oso*

A dos Amigos se aparece un Oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura;
El otro, abandonado a la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, según se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca;
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento;
Y así, se fue diciendo sin recelo:
«Este tan muerto está como mi abuelo.»
Entonces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,

Del árbol se desprende muy ligero,
Corre, llega y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesión alguna,
Y al fin le dice:
«Sepas que he notado
Que el Oso te decía algún recado.
¿Qué pudo ser?»
«Diréte lo que ha sido;
Estas dos palabritas al oído:
Aparta tu amistad de la persona
Que si te ve en el riesgo, te abandona.»

TOMÁS DE IRIARTE
(1750 – 1791)

38. *Los dos conejos*

Por entre unas matas,
seguido de perros,
no diré corría,
volaba un conejo.

De su madriguera
salió un compañero
y le dijo: «Tente
amigo, ¿qué es esto?».

«¿Qué ha de ser?», responde;
«sin aliento llego...;
dos pícaros galgos
me vienen siguiendo».

«Sí», replica el otro,
«por allí los veo,
pero no son galgos».
«¿Pues qué son?» «Podencos».

«¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos;
bien vistos los tengo».

«Son podencos, vaya,
que no entiendes de eso».
«Son galgos, te digo».
«Digo que podencos».

En esta disputa
llegando los perros,
pillan descuidados
a mis dos conejos.

Los que por cuestiones
de poco momento
dejan lo que importa,
llévense este ejemplo.

39. *El burro flautista*

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.
Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.
Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dio un resoplido
por casualidad.
En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.
«¡Oh!», dijo el borrico,
«¡qué bien sé tocar!
¡y dirán que es mala
la música asnal!».
Sin reglas del arte,
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS
(1754 – 1817)

40. *El Amor mariposa*

Viendo el Amor un día
que mil lindas zagalas
huían de él medrosas
por mirarle con armas,
dicen que de picado
les juró la venganza
y una burla les hizo,
como suya, extremada.

Tornóse en mariposa,
los bracitos en alas
y los pies ternezuelos
en patitas doradas.

¡Oh! ¡qué bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
y ante el sol hace alarde
de su púrpura y nácar!

Ya en el valle se pierde,
ya en una flor se para,
ya otra besa festivo,
y otra ronda y halaga.

Las zagalas, al verle,
por sus vuelos y gracia
mariposa le juzgan
y en seguirle no tardan.

Una a cogerle llega,
y él la burla y se escapa;
otra en pos va corriendo,
y otra simple le llama,

despertando el bullicio
de tan loca algazara
en sus pechos incautos
la ternura más grata.

Ya que juntas las mira,
dando alegres risadas
súbito amor se muestra
y a todas las abrasa.

Mas las alas ligeras
en los hombros por gala
se guardó el fermento,
y así a todas alcanza.

También de mariposa
le quedó la inconstancia:
llega, hiere, y de un pecho
a herir otro se pasa.

41. De la primavera

La blanda primavera
derramando aparece
sus tesoros y galas
por prados y vergeles.

Despejado ya el cielo
de nubes inclementes,

con luz cándida y pura
ríe a la tierra alegre.

El alba de azucenas
y de rosa las sienas
se presenta ceñidas,
sin que el cierzo las hiele.

De esplendores más rico
descuella por oriente
en triunfo el sol y a darle
la vida al mundo vuelve.

Medrosos de sus rayos
los vientos enmudecen,
y el vago cefirillo
bullendo les sucede,

el céfiro, de aromas
empapado, que mueven
en la nariz y el seno
mil llamas y deleites.

Con su aliento en la sierra
derretidas las nieves,
en sonoros arroyos
salpicando descenden.

De hoja el árbol se viste,
las laderas de verde,
y en las vegas de flores
ves un rico tapete.

Revolantes las aves
por el aura enloquecen,
regalando el oído
con sus dulces motetes;

y en los tiros sabrosos
con que el Ciego las hiere
suspirando delicias,
por el bosque se pierden,

mientras que en la pradera
dóciles a sus leyes

pastores y zagalas
festivas danzas tejen

y los tiernos cantares
y requiebros ardientes
y miradas y juegos
más y más los encienden.

Y nosotros, amigos,
cuando todos los seres
el fugaz se los lleve,
¿podrá nadie arrancarlos
de la nada en que mueren?

Un instante, una sombra
que al mirar desaparece,
nuestra mísera vida
para el júbilo tiene.

de tan rígido invierno
desquitarse parecen,

¿en silencio y en ocio
dejaremos perderse
estos días que el tiempo
liberal nos concede?

Una vez que en sus alas

Ea, pues, a las copas,
y en un grato banquete
celebremos la vuelta
del abril floreciente.

ROMANTICISMO

JOSÉ DE ESPRONCEDA
(1808 – 1842)

42. *El mendigo*

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
son mi asilo,
si del ábrego el furor
troncha el roble en la montaña,
o que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y a la hoguera
me hacen lado
los pastores

con amor.
Y sin pena
y descuidado
de su cena
ceno yo,
o en la rica
chimenea,
que recrea
con su olor,
me regalo
codicioso
del banquete
suntuoso
con las sobras
de un señor.

Y me digo: el viento brama,
caiga furioso turbión;
que al son que cruje de la seca leña,
libre me duermo sin rencor ni amor.

Mío es el mundo como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
y por todos
a Dios ruego con fervor;
de villanos y señores
yo recibo los favores
sin estima y sin amor.

Ni pregunto
quiénes sean,
ni me obligo
a agradecer;
que mis rezos
si desean,
dar limosna
es un deber.
Y es pecado
la riqueza:
la pobreza
santidad:
Dios a veces
es mendigo,
y al avaro
da castigo,
que le niegue
caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
todos al verme plañir,
sin ver son más sus riquezas todas,
qué mina inagotable es el pedir.
Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso,
y a donde va, tras él voy.

Y a la hermosa
que respira
cien perfumes,
gala, amor,

la persigo
hasta que mira,
y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.
Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos
y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no traspire en medio del placer.
Mío es el mundo; como el aire libre...

Y para mí no hay mañana,
ni hay ayer;
olvido el bien como el mal,
nada me aflige ni afana;
me es igual para mañana
un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
de memorias,
de cuidados
libre estoy;
busquen otros
oro y glorias,
yo no pienso
sino en hoy.
Y do quiera
vayan leyes,
quiten reyes,
reyes den;
yo soy pobre,
y al mendigo,
por el miedo

del castigo,
 todos hacen
 siempre bien.

Y un asilo donde quiera
 y un lecho en el hospital
 siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
 mi cuerpo miserable al espirar.

Mío es el mundo: como el aire libre,
 otros trabajan porque coma yo;
 todos se ablandan, si doliente pido
 una limosna por amor de Dios.

43. *Canción del pirata*

Con diez cañones por banda,
 viento en popa a toda vela,
 no corta el mar, sino vuela
 un velero bergantín;

bajel pirata que llaman,
 por su bravura, el Temido,
 en todo mar conocido
 del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
 en la lona gime el viento
 y alza en blando movimiento
 olas de plata y azul;

y va el capitán pirata,
 cantando alegre en la popa,
 Asia a un lado, al otro Europa,
 y allá a su frente Estambul;

«Navega velero mío,
 sin temor,
 que ni enemigo navío,
 ni tormenta, ni bonanza,
 tu rumbo a torcer alcanza,
 ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas
 hemos hecho
 a despecho,
 del inglés,

»y han rendido
 sus pendones
 cien naciones
 a mis pies.

»Que es mi barco mi tesoro,
 que es mi dios la libertad,
 mi ley, la fuerza y el viento,
 mi única patria la mar.

»Allá muevan feroz guerra
 ciegos reyes
 por un palmo más de tierra,
 que yo tengo aquí por mío
 cuanto abarca el mar bravío,
 a quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa
 sea cualquiera,
 ni bandera
 de esplendor,

»que no sienta
 mi derecho
 y dé pecho
 a mi valor.

»Que es mi barco mi tesoro,
 que es mi dios la libertad,
 mi ley, la fuerza y el viento,
 mi única patria la mar.

»A la voz de ¡barco viene!
 es de ver
 cómo vira y se previene
 a todo trapo a escapar:
 que yo soy el rey del mar,
 y mi furia es de temer.

»En las presas

yo divido
lo cogido
por igual:

»sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

»¡Sentenciado estoy a muerte!
yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena
quizá en su propio navío.

»Y si caigo
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,

»cuando el yugo
de un esclavo
como un bravo
sacudí.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.

»Son mi música mejor
aquilones
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,

del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,

»yo me duermo
sosegado
arrullado
por el mar.

»Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria la mar».

44. A la muerte de Torrijos y sus compañeros

Helos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están, ¡ay!, los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Espanoles, llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores,

Y los viles tiranos, con espanto,
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

MARIANO JOSÉ DE LARRA
(1809 – 1837)

45. Fragmento: *Vuelva usted mañana*

[...] –Mirad –le dije–, monsieur Sans-délai –que así se llamaba–; vos venís decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.

–Ciertamente –me contestó–. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en –pág. 7– este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince cinco días.

Al llegar aquí monsieur Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

–Permitidme, monsieur Sans-délai –le dije entre socarrón y formal–, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

–¿Cómo?

–Dentro de quince meses estáis aquí todavía.

–¿Os burláis?

–No por cierto.

–¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!

–Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.

–¡Oh!, los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal siempre de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.

–Os aseguro que en los quince días con que contáis, no habréis podido hablar siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.

–¡Hipérboles! Yo les comunicaré a todos mi actividad.

–Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

JOSÉ ZORRILLA
(1817 – 1893)

46. Fragmento: *Don Juan Tenorio*

DON JUAN

Que os hallabais
bajo mi amparo segura,
y el aura del campo pura
libre por fin respirabais.
¡Cálmate, pues, vida mía!
Reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.
¡Ah! *¿No es verdad, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
la luna más pura brilla
y se respira mejor?*
Esta aura que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando al día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento;
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor
de sus copas morador
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?
Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior

un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?
Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome a beberlas,
evaporarse, a no verlas,
de sí mismas al calor;
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?
¡Oh! Sí, bellísima Inés
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos,
como lo haces, amor es:
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,

la esclavitud de tu amor.

DOÑA INÉS

Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!,
que no podré resistir
mucho tiempo sin morir
tan nunca sentido afán.
¡Ah! Callad por compasión,
que oyéndoos me parece
que mi cerebro enloquece
se arde mi corazón.
¡Ah! Me habéis dado a beber
un filtro infernal, sin duda,
que a rendiros os ayuda
la virtud de la mujer.

Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos:
su vista fascinadora,
su palabra seductora,
y el amor que negó a Dios.
¿Y qué he de hacer ¡ay de mí!
sino caer en vuestros brazos,
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?
No, don Juan, en poder mío
resistirte no está ya:
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.
¡Don Juan! ¡Don Juan!, yo lo imploro
de tu hidalga compasión:
o arráncame el corazón,
o ámame porque te adoro.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
(1836 – 1870)

47. Rima IV: “No digáis...”

No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas,
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista,
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías,
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance

las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista,
mientras la humanidad siempre
avanzando
no sepa a dó camina,
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran,
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas,
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

48. Rima VII: “Del salón en el ángulo oscuro”

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueña tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz como Lázaro espera
que le diga «Levántate y anda»!

49. Rima LIII: "Volverán las oscuras golondrinas"

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros
nombres...

¡esas... no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde aún más hermosas
sus flores se abrirán.

Pero aquellas, cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...

¡esas... no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido...; desengáñate,
¡así... no te querrán!

ROSALÍA DE CASTRO
(1837 – 1855)

50. Dicen que no hablan las plantas

Dicen que no hablan las plantas, ni las
fuentes, ni los pájaros,
Ni el onda con sus rumores, ni con su
brillo los astros,

Lo dicen, pero no es cierto, pues siempre
cuando yo paso,
De mí murmuran y exclaman:
Ahí va la loca soñando
Con la eterna primavera de la vida y de los
campos,
Y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los
cabellos canos,
Y ve temblando, aterida, que cubre la
escarcha el prado.

Hay canas en mi cabeza, hay en los prados
escarcha,
Mas yo prosigo soñando, pobre, incurable
sonámbula,
Con la eterna primavera de la vida que se
apaga
Y la perenne frescura de los campos y las
almas,
Aunque los unos se agostan y aunque las
otras se abrasan.
Astros y fuentes y flores, no murmuréis de
mis sueños,
Sin ellos, ¿cómo admiraros ni cómo vivir
sin ellos?

51. Hora tras hora, día tras día

Hora tras hora, día tras día,
Entre el cielo y la tierra que quedan
Eternos vigías,
Como torrente que se despeña
Pasa la vida.

Devolvedle a la flor su perfume
Después de marchita;
De las ondas que besan la playa
Y que una tras otra besándola expiran
Recoged los rumores, las quejas,
Y en planchas de bronce grabad su
armonía.

Tiempos que fueron, llantos y risas,
Negros tormentos, dulces mentiras,

¡Ay!, ¿en dónde su rastro dejaron,
En dónde, alma mía?

REALISMO

JOSÉ MARÍA PEREDA
(1833 – 1906)

52. Fragmento: *Sotileza*

[...] A Andrés le parecían siglos los minutos que llevaba corridos en aquel trance espantoso, tan nuevo para él; y comenzaba a aturdirse y a desorientarse entre el estruendo que le ensordecía; la blancura y movilidad de las aguas, que le deslumbraban; la furia del viento que azotaba su rostro con manojos de espesa lluvia; los saltos vertiginosos de la lancha, y la visión de su sepultura entre los pliegues de aquel abismo sin límites. Sus ropas estaban empapadas en el agua de la lluvia y la muy amarga que descendía sobre él después de haber sido lanzada al espacio, como densa humareda, por el choque de las olas; flotaban en el aire sus cabellos goteando, y comenzaba a tiritar de frío. Ni intentaba siquiera desplegar sus labios con una sola pregunta. ¿Para qué esta inútil tentativa? ¿No lo llenaban todo, no respondían a todo cuanto pudiera preguntar allí la voz humana, los bramidos de la galerna?...

BENITO PÉREZ GALDÓS
(1843 – 1920)

53. Fragmento: *Episodios nacionales: Trafalgar*

[...] Entre los soldados vi algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban a los obenques¹ para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero por lo común todos eran de leva, obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo la idea de Dios estaba en todas las cabezas. Por lo que a mí toca, en toda la vida ha experimentado mi alma sensaciones iguales a las de aquel momento. A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba tan arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima los ingleses, y los admiraba al verlos buscar con tanto afán una muerte segura.

¹ Obenque: Cada uno de los cabos gruesos que sujetan la cabeza de un palo o de un mastelero a la mesa de guarnición o a la cofa correspondiente

LEOPOLDO ALAS, "CLARÍN"
(1852 – 1901)

54. Fragmento: *La Regenta*

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

MODERNISMO y GENERACIÓN DEL 98

MIGUEL DE UNAMUNO

(1864–1936)

55. Fragmento: *Niebla*

[...] “—¿Conque no, eh? —me dijo—, ¿conque no? No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿conque no lo quiere?, ¿conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, ¡también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió...! ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos.”

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

(1866 – 1936)

56. Fragmento: *Luces de Bohemia*

[...]

MAX: Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

DON LATINO: ¡Miau! ¡Te estás contagiando!

MAX: España es una deformación grotesca de la civilización europea.

DON LATINO: ¡Pudiera! Yo me inhibo.

MAX: Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas.

DON LATINO: Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato.

MAX: Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta, Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas.

DON LATINO: ¿Y dónde está el espejo?

MAX: En el fondo del vaso.

DON LATINO: ¡Eres genial! ¡Me quito el cráneo!

MAX: Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España.

DON LATINO: Nos mudaremos al callejón del Gato.

RUBÉN DARÍO
(1867 – 1916)

57. *Sonatina*

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de
China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azul.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,
(La princesa está pálida. La princesa está triste.)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

—«Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—;
en caballo, con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor».

58. *Era un aire suave...*

Era un aire suave, de pausados giros;
el hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
e iban frases vagas y tenues suspiros
entre los sollozos de los violoncelos.
Sobre la terraza, junto a los ramajes,
diríase un trémolo de liras eolias
cuando acariciaban los sedosos trajes
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.
La marquesa Eulalia risas y desvíos
daba a un tiempo mismo para dos rivales,
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales.
Cerca, coronado con hojas de viña,
reía en su máscara Término barbudo,
y, como un efebo que fuese una niña,
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,
sobre rico zócalo al modo de Jonia,
con un candelabro prendido en la diestra
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.
La orquesta perlaba sus mágicas notas,
un coro de sonos alados se oía;
galantes pавanas, fugaces gavotas
cantaban los dulces violines de Hungría.
Al oír las quejas de sus caballeros
ríe, ríe, ríe la divina Eulalia,
pues son su tesoro las flechas de Eros,
el cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.
¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.
Tiene azules ojos, es maligna y bella;
cuando mira vierte viva luz extraña:
se asoma a sus húmedas pupilas de estrella
el alma del rubio cristal de Champaña.
Es noche de fiesta, y el baile de trajes
ostenta su gloria de triunfos mundanos.
La divina Eulalia, vestida de encajes,
una flor destroza con sus tersas manos.
El teclado harmónico de su risa fina
a la alegre música de un pájaro iguala,
con los staccati de una bailarina
y las locas fugas de una colegiala.
¡Amoroso pájaro que trinos exhala
bajo el ala a veces ocultando el pico;
que desdenes rudos lanza bajo el ala,
bajo el ala aleve del leve abanico!
Cuando a medianoche sus notas arranque
y en arpegios áureos gima Filomela,
y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
como blanca góndola imprima su estela,
la marquesa alegre llegará al bosque,
bosque que cubre la amable glorieta,
donde han de estrecharla los brazos de un
paje,
que siendo su paje será su poeta.
Al compás de un canto de artista de Italia
que en la brisa errante la orquesta deslíe,
junto a los rivales la divina Eulalia
la divina Eulalia, ríe, ríe, ríe.
¿Fue acaso en el tiempo del rey Luis de
Francia,
sol con corte de astros, en campos de azul?
¿Cuando los alcázares llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour?
¿Fue cuando la bella su falda cogía
con dedos de ninfa, bailando el minué,

y de los compases el ritmo seguía
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?
¿O cuando pastoras de floridos valles
ornaban con cintas sus albos corderos,
y oían, divinas Tirsis de Versalles,
las declaraciones de sus caballeros?
¿Fue en ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes?
¿Fue acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
pero sé que Eulalia ríe todavía,
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

ANTONIO MACHADO

(1875 – 1939)

59. Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de
Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no
quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he
sido
ya conocéis mi torpe aliño indumentario,
más recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de
hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su
doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera mi verso, como deja el capitán su espada: famosa por la mano viril que la blandiera, no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
¿quien habla solo espera hablar a Dios un día?; mi soliloquio es plática con ese buen amigo que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago el traje que me cubre y la mansión que habito, el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje, y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar.

60. *A un olmo seco*

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

61. *Españolito que vienes al mundo*

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.

Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

62. *Proverbios y Cantares (XXIX)*

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

GENERACIÓN DEL 14 o NOVECENTISMO

JOSÉ ORTEGA Y GASSET
(1833–1955)

63. Fragmento: *La deshumanización del arte*

[...] No discutamos ahora si es posible este arte puro. Tal vez no lo sea; pero las razones que nos conducen a esta negación son un poco largas y difíciles. Más vale, pues, dejar intacto el tema. Además, no importa mayormente para lo que ahora hablamos. Aunque sea imposible un arte puro, no hay duda alguna de que cabe una tendencia a la purificación del arte. Esta tendencia llevará a una eliminación progresiva de los elementos humanos, demasiado humanos, que dominan en la producción romántica y naturalista. Y en este proceso se llegará a un punto en que el contenido humano de la obra sea tan escaso que casi no se le vea. Entonces tendremos un objeto que sólo puede ser percibido por quien posea ese don peculiar de la sensibilidad artística. Sería un arte para artistas, y no para la masa de los hombres, será un arte de casta, y no demótico.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
(1881 – 1958)

64. *Vino primero pura*

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia.
Y la amé como un niño.
Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes.
Y la fui odiando, sin saberlo.
Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!
...Mas se fue desnudando.
Y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda...

¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

65. *Primavera amarilla*

Abril venía, lleno
todo de flores amarillas:
amarillo el arroyo,
amarillo el vallado, la colina,
el cementerio de los niños,
el huerto aquel donde el amor vivía.
El sol unjía de amarillo el mundo,
con sus luces caídas;
¡ay, por los lirios áureos,
el agua de oro, tibia;
las amarillas mariposas
sobre las rosas amarillas!

Guirnaldas amarillas escalaban
 los árboles; el día
 era una gracia perfumada de oro,
 en un dorado despertar de vida.
 Entre los huesos de los muertos,
 abría Dios sus manos amarillas.

LAS VANGUARDIAS y LA GENERACIÓN DEL 27

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
 (1888 – 1963)

66. Greguerías

Soda: agua con hipo.

.

Trueno: caída de un baúl por las escaleras
 del cielo.

.

Los tornillos son clavos peinados con la
 raya al medio.

.

El Coliseo en ruinas es como una taza rota
 del desayuno de los siglos.

.

Partid a cuchillo un huevo duro y veréis
 cómo se reúnen en él el sol y la luna.

PEDRO SALINAS
 (1891 – 1951)

67. La voz a ti debida *versos 201–236*

"Mañana". La palabra
 Iba suelta, vacante,
 Ingrávida, en el aire,
 Tan sin alma y sin cuerpo,
 Tan sin color ni beso,
 Que la dejé pasar

Por mi lado, en mi hoy.
 Pero de pronto tú
 Dijiste: "Yo, mañana"
 Y todo se pobló
 De carne y de banderas.
 Se me precipitaban
 Encima las promesas
 De seiscientos colores,
 Con vestidos de moda,
 Desnudas, pero todas
 Cargadas de caricias.
 En trenes o en gacelas
 Me llegaban –agudas,
 Sones de violines–
 Esperanzas delgadas
 De bocas virginales.
 O veloces y grandes
 Como buques, de lejos,
 Como ballenas
 Desde mares distantes,
 Inmensas esperanzas
 De un amor sin final.
 ¡Mañana! Qué palabra
 Toda vibrante, tensa
 De alma y carne rosada,
 Cuerda del arco donde
 Tú pusiste, agudísima,
 Arma de veinte años,
 La flecha más segura
 Cuando dijiste: "Yo".

68. La voz a ti debida*versos 494 – 521*

Para vivir no quiero
 islas, palacios, torres.
 ¡Qué alegría más alta:
 vivir en los pronombres!
 Quítate ya los trajes,
 las señas, los retratos;
 yo no te quiero así,
 disfrazada de otra,
 hija siempre de algo.
 Te quiero pura, libre,
 irreductible: tú.
 Sé que cuando te llame
 entre todas las gentes
 del mundo,
 sólo tú serás tú.
 Y cuando me preguntes
 quién es el que te llama,
 el que te quiere suya,
 enterraré los nombres,
 los rótulos, la historia.
 Iré rompiendo todo
 lo que encima me echaron
 desde antes de nacer.
 Y vuelto ya al anónimo
 eterno del desnudo,
 de la piedra, del mundo,
 te diré:
 «Yo te quiero, soy yo».

GERARDO DIEGO

(1896 – 1987)

69. Al ciprés de Silos

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
 que acongojas el cielo con tu lanza.
 Chorro que a las estrellas casi alcanza
 devanado a sí mismo en loco empeño.
 Mástil de soledad, prodigio isleño,
 flecha de fe, saeta de esperanza.
 Hoy llego a ti, riberas del Arlanza,

peregrina al azar, mi alma sin dueño.
 Cuando te vi seño, dulce, firme,
 qué ansiedades sentí de diluirme
 y ascender como tú, vuelto en cristales,
 como tú, negra torre de arduos filos,
 ejemplo de delirios verticales,
 mudo ciprés en el fervor de Silos.

70. Romance del Duero

Río Duero, río Duero,
 nadie a acompañarte baja,
 nadie se detiene a oír
 tu eterna estrofa de agua.
 Indiferente o cobarde
 la ciudad vuelve la espalda.
 No quiere ver en tu espejo
 su muralla desdentada.
 Tú, viejo Duero, sonríes
 entre tus barbas de plata,
 moliendo con tus romances
 las cosechas mal logradas.
 Y entre los santos de piedra
 y los álamos de magia
 pasas llevando en tus ondas
 palabras de amor, palabras.
 Quién pudiera como tú,
 a la vez quieto y en marcha,
 cantar siempre el mismo verso
 pero con distinta agua.
 Río Duero, río Duero,
 nadie a estar contigo baja,
 ya nadie quiere atender
 tu eterna estrofa olvidada,
 sino los enamorados
 que preguntan por sus almas
 y siembran en tus espumas
 palabras de amor, palabras.

VICENTE ALEIXANDRE
(1898 – 1984)

71. Al miliciano desconocido

(Frente de Madrid)

No me preguntéis su nombre.
Le tenéis ahí en el frente,
por las orillas del río:
toda la ciudad lo tiene.
Cada mañana se alza,
cuando la aurora lo envuelve
con un resplandor de vida
y otro resplandor de muerte.
Cada mañana se alza,
como un acero se yergue,
y donde pone sus ojos
una luz mortal splende.
No me preguntéis su nombre,
que no habrá quien lo recuerde.
Cada día se levanta
con la aurora o el poniente,
salta, empuña, avanza, arrolla,
mata, pasa, vuela, vence;
donde se planta allí queda;
como la roca, no cede;
aplasta como montaña
y como la flecha, hiere.
Madrid entero lo adivina;
Madrid late por sus sienes;
sus pulsos vibran hirviendo
de hermosa sangre caliente,
y en su corazón rugiendo
cantan millones de seres.
No sé quién fue, quién ha sido:
¡toda la ciudad lo tiene!
¡Madrid, a su espalda, le alienta,
Madrid entero lo sostiene!
¡Un cuerpo, un alma, una vida
como un gigante se yerguen
a las puertas del Madrid
del miliciano valiente!
¿Es alto, rubio, delgado?
¿Moreno, apretado, fuerte?
Es como todos. ¡Es todos!

¿Su nombre? Su nombre rueda
sobre el estrépito ronco,
rueda vivo entre la muerte;
rueda como una flor viva,
siempre viva para siempre.
Se llama Andrés o Francisco,
se llama Pedro Gutiérrez,
Luis o Juan, Manuel Ricardo,
José, Lorenzo, Vicente...
Pero no. ¡Se llama sólo

Pueblo Invicto para siempre!

FEDERICO GARCÍA LORCA
(1898 – 1936)

72. Canción del jinete

Córdoba.
Lejana y sola.
Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba.
Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja.
La muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.
¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!
¡Ay que la muerte me espera,
antes de llegar a Córdoba!
Córdoba.
Lejana y sola.

73. Reyerta

En la mitad del barranco
las navajas de Albacete,
bellas de sangre contraria,
relucen como los peces.
Una dura luz de naipe
recorta en el agrío verde,
caballos enfurecidos

y perfiles de jinetes.
 En la copa de un olivo
 lloran dos viejas mujeres.
 El toro de la reyerta
 se sube por las paredes.
 Ángeles negros traían
 pañuelos y agua de nieve.
 Ángeles con grandes alas
 de navajas de Albacete.
 Juan Antonio el de Montilla
 rueda muerto la pendiente,
 su cuerpo lleno de lirios
 y una granada en las sienas.
 Ahora monta cruz de fuego,
 carretera de la muerte.

El juez, con guardia civil,
 por los olivares viene.
 Sangre resbalada gime
 muda canción de serpiente.
 Señores guardias civiles:
 aquí pasó lo de siempre.
 Han muerto cuatro romanos
 y cinco cartagineses.

La tarde loca de higueras
 y de rumores calientes
 cae desmayada en los muslos
 heridos de los jinetes.
 Y ángeles negros volaban
 por el aire del poniente.
 Ángeles de largas trenzas
 y corazones de aceite.

74. Romance de la Guardia Civil (Fragmento)

Los caballos negros son.
 Las herraduras son negras.
 Sobre las capas relucen
 manchas de tinta y de cera.
 Tienen, por eso no lloran,
 de plomo las calaveras.
 Con el alma de charol
 vienen por la carretera.

Jorobados y nocturnos,
 por donde animan ordenan
 silencios de goma oscura
 y miedos de fina arena.
 Pasan, si quieren pasar,
 y ocultan en la cabeza
 una vaga astronomía
 de pistolas inconcretas.

¡Oh ciudad de los gitanos!
 En las esquinas banderas.
 La luna y la calabaza
 con las guindas en conserva.
 ¡Oh ciudad de los gitanos!
 ¿Quién te vió y no te recuerda?
 Ciudad de dolor y almizcle,
 con las torres de canela.

75. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías La sangre derramada

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
 que no quiero ver la sangre
 de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.
 Caballo de nubes quietas,
 y la plaza gris del sueño
 con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!

Que mi recuerdo se quema.
 ¡Avisad a los jazmines
 con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!
 La vaca del viejo mundo
 pasaba su triste lengua
 sobre un hocico de sangres

derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.
No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza

le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué buen serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.
¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiseñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.

No.

¡¡Yo no quiero verla!!

76. Vuelta de paseo

Asesinado por el cielo.
Entre las formas que van hacia la sierpe
y las formas que buscan el cristal,
dejaré crecer mis cabellos.

Con el árbol de muñones que no canta
y el niño con el blanco rostro de huevo.

Con los animalitos de cabeza rota
y el agua harapianta de los pies secos.

Con todo lo que tiene cansancio
sordomudo
y mariposa ahogada en el tintero.
Tropezando con mi rostro distinto de cada
día.

¡Asesinado por el cielo!

77. Ciudad sin sueño (Nocturno del Brooklyn Bridge)

No duerme nadie por el cielo. Nadie,
nadie.
No duerme nadie.
Las criaturas de la luna huelen y rondan
sus cabañas.
Vendrán las iguanas vivas a morder a los
hombres que no sueñan
y el que huye con el corazón roto
encontrará por las esquinas
al increíble cocodrilo quieto bajo la tierna
protesta de los astros.

No duerme nadie por el mundo. Nadie,
nadie.
No duerme nadie.
Hay un muerto en el cementerio más
lejano
que se queja tres años
porque tiene un paisaje seco en la rodilla;
y el niño que enterraron esta mañana
lloraba tanto
que hubo necesidad de llamar a los perros
para que callase.

No es sueño la vida. ¡Alerta! ¡Alerta!
¡Alerta!

Nos caemos por las escaleras para comer la
tierra húmeda
o subimos al filo de la nieve con el coro de
las dalias muertas.
Pero no hay olvido, ni sueño:
carne viva. Los besos atan las bocas
en una maraña de venas recientes
y al que le duele su dolor le dolerá sin
descanso
y al que teme la muerte la llevará sobre sus
hombros.

Un día
los caballos vivirán en las tabernas
y las hormigas furiosas
atacarán los cielos amarillos que se
refugian en los ojos de las vacas.

Otro día
veremos la resurrección de las mariposas
disecadas
y aún andando por un paisaje de esponjas
grises y barcos mudos
veremos brillar nuestro anillo y manar
rosas de nuestra lengua.
¡Alerta! ¡Alerta! ¡Alerta!
A los que guardan todavía huellas de
zarpa y aguacero,
a aquel muchacho que llora porque no
sabe la invención del puente
o a aquel muerto que ya no tiene más que
la cabeza y un zapato,
hay que llevarlos al muro donde iguanas y
sierpes esperan,
donde espera la dentadura del oso,
donde espera la mano momificada del
niño
y la piel del camello se eriza con un
violento escalofrío azul.

No duerme nadie por el cielo. Nadie,
nadie.
No duerme nadie.
Pero si alguien cierra los ojos,
¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!

Haya un panorama de ojos abiertos
y amargas llagas encendidas.

No duerme nadie por el mundo. Nadie,
nadie.
Ya lo he dicho.
No duerme nadie.
Pero si alguien tiene por la noche exceso
de musgo en las sienas,
abrid los escotillones para que vea bajo la
luna
las copas falsas, el veneno y la calavera de
los teatros.

LUIS CERNUDA
(1902 – 1963)

78. Peregrino

¿Volver? Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra, su casa, sus amigos,
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas, ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,
Sino seguir libre adelante,
Disponible por siempre, mozo o viejo,
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Sigue, sigue adelante y no regreses,
Fiel hasta el fin del camino y tu vida,
No eches de menos un destino más fácil,
Tus pies sobre la tierra antes no hollada,
Tus ojos frente a lo antes nunca visto.

RAFAEL ALBERTI
(1902 – 1999)

79. La paloma

Se equivocó la paloma
se equivocaba.
Por ir al norte fue al sur,
creyó que el trigo era el agua.
Creyó que el mar era el cielo
que la noche la mañana.
Que las estrellas rocío,
que la calor la nevada.
Que tu falda era tu blusa,
que tu corazón su casa.

(Ella se durmió en la orilla,
tú en la cumbre de una rama.)

80. El mar. La mar.

El mar. La mar.
El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

En sueños la marejada
me tira del corazón;
se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
acá?

Gimiendo por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:
¡Ay mi blusa marinera;
siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera!

DESPUÉS DE 1936

MIGUEL HERNÁNDEZ
(1910 – 1942)

81. Elegía a Ramón Sijé

*En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha
muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien
tanto quería.*

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracoles
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,

no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofe y hambrienta

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte
a parte a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de mis flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras
espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas...
de almendro de nata te requiero,;
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

82. Nanas de la cebolla

La cebolla es escarcha
 cerrada y pobre:
 escarcha de tus días
 y de mis noches.
 Hambre y cebolla:
 hielo negro y escarcha
 grande y redonda.
 En la cuna del hambre
 mi niño estaba.
 Con sangre de cebolla
 se amamantaba.
 Pero tu sangre,
 escarchada de azúcar,
 cebolla y hambre.
 Una mujer morena,
 resuelta en luna,
 se derrama hilo a hilo
 sobre la cuna.
 Ríete, niño,
 que te tragas la luna
 cuando es preciso.
 Alondra de mi casa,
 ríete mucho.
 Es tu risa en los ojos
 la luz del mundo.
 Ríete tanto
 que en el alma al oírte,
 bata el espacio.
 Tu risa me hace libre,
 me pone alas.
 Soledades me quita,
 cárcel me arranca.
 Boca que vuela,
 corazón que en tus labios
 relampaguea.
 Es tu risa la espada
 más victoriosa.
 Vencedor de las flores
 y las alondras.
 Rival del sol.
 Porvenir de mis huesos
 y de mi amor.
 La carne aleteante,

súbito el párpado,
 el vivir como nunca
 coloreado.
 ¡Cuánto jilguero
 se remonta, aletea,
 desde tu cuerpo!
 Desperté de ser niño.
 Nunca despiertes.
 Triste llevo la boca.
 Ríete siempre.
 Siempre en la cuna,
 defendiendo la risa
 pluma por pluma.
 Ser de vuelo tan alto,
 tan extendido,
 que tu carne parece
 cielo cernido.
 ¡Si yo pudiera
 remontarme al origen
 de tu carrera!
 Al octavo mes ríes
 con cinco azahares.
 Con cinco diminutas
 ferocidades.
 Con cinco dientes
 como cinco jazmines
 adolescentes.
 Frontera de los besos
 serán mañana,
 cuando en la dentadura
 sientas un arma.
 Sientas un fuego
 correr dientes abajo
 buscando el centro.
 Vuela niño en la doble
 luna del pecho.
 Él, triste de cebolla.
 Tú, satisfecho.
 No te derrumbes.
 No sepas lo que pasa
 ni lo que ocurre.

LEÓN FELIPE
(1884 – 1968)

83. Auschwitz

*A todos los Judíos del mundo,
mis amigos,
mis hermanos.*

Esos poetas infernales,
Dante, Blake, Rimbaud...
que hablen más bajo...
que toquen más bajo...
¡Que se callen!...
Hoy
cualquier habitante de la tierra
sabe mucho más del infierno
que esos tres poetas juntos.
Ya sé que Dante tocaba muy bien el
violín...
¡Oh, el gran virtuoso!...
Pero que no pretenda ahora
con sus tercetos maravillosos
y sus endecasílabos perfectos
asustar a ese niño judío
que está ahí, desgajado de sus padres...
Y solo.
¡Solo!
aguardando su turno
en los hornos crematorios de Auschwitz.
Dante... tú bajaste a los infiernos
con Virgilio de la mano
(Virgilio, "gran cicerone")
y aquello vuestro de la "Divina Comedia"
fue una aventura divertida
de música y turismo.
Esto es otra cosa... otra cosa...
¿Cómo te explicaré?
¡Si no tienes imaginación!
Tú... no tienes imaginación,
Acuérdate que en tu "Infierno"
no hay un niño siquiera...
Y ese que ves ahí...
está solo
¡Solo! sin cicerone...

esperando que se abran las puertas de un
infierno
que tú; ¡pobre florentino!,
no pudiste siquiera imaginar.
Esto es otra cosa... ¿cómo te diré?
¡Mira! Éste es un lugar donde no se puede
tocar el violín.
Aquí se rompen las cuerdas de todos
los violines del mundo.
¿Me habéis entendido poetas infernales?
Virgilio, Dante, Blake, Rimbaud...
¡Hablad más bajo!
¡Tocad más bajo!... ¡Chist!...
¡¡Callaos!!
Yo también soy un gran violinista
y he tocado en el infierno muchas veces...
Pero ahora, aquí...
Rompo mi violín... y me callo.

PABLO NERUDA
(1904–1973)

84. Poema 20

Puedo escribir los versos más tristes esta
noche.
Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos".
El viento de la noche gira en el cielo y canta.
Puedo escribir los versos más tristes esta
noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.
En las noches como ésta la tuve entre mis
brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.
Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.
Puedo escribir los versos más tristes esta
noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he
perdido.
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.
Qué importa que mi amor no pudiera
guardarla.
La noche está estrellada y ella no está
conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
 Mi alma no se contenta con haberla perdido.
 Como para acercarla mi mirada la busca.
 Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.
 La misma noche que hace blanquear los
 mismos
 árboles.

Nosotros, los de entonces, ya no somos los
 mismos.
 Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
 Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
 De otro. Será de otro. Como antes de mis
 besos.
 Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.
 Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
 Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.
 Porque en noches como ésta la tuve entre mis
 brazos,
 mi alma no se contenta con haberla perdido.
 Aunque éste sea el último dolor que ella me
 causa,
 y éstos sean los últimos versos que yo le
 escribo.

GABRIEL CELAYA
 (1911–1991)

85. Biografía

No cojas la cuchara con la mano izquierda.
 No pongas los codos en la mesa.
 Dobla bien la servilleta.
 Eso, para empezar.

Extraiga la raíz cuadrada de tres mil
 trescientos trece.
 ¿Dónde está Tanganika? ¿Qué año nació
 Cervantes?
 Le pondré un cero en conducta si habla
 con su compañero.
 Eso, para seguir.

¿Le parece a usted correcto que un
 ingeniero haga versos?
 La cultura es un adorno y el negocio es el
 negocio.

Si sigues con esa chica te cerraremos las
 puertas.
 Eso, para vivir.

No seas tan loco. Sé educado. Sé correcto.
 No bebas. No fumes. No tosas. No
 respires.
 ¡Ay, sí, no respirar! Dar el no a todos los
 nos.
 Y descansar: morir.

JAIME GIL DE BIEDMA
 (1929–1990)

86. No volveré a ser joven

Que la vida iba en serio
 uno lo empieza a comprender más tarde
 -como todos los jóvenes, yo vine
 a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
 y marcharme entre aplausos
 -envejecer, morir, era tan sólo
 las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
 y la verdad desagradable asoma:
 envejecer, morir,
 es el único argumento de la obra.